

Dos leguas pasado el puerto, era la tierra estéril y pobre, mas luego dió el ejército en un lugar que dijeron Castilblanco, por las casas del señor, que eran de piedra, nuevas, blancas, y las mejores que hasta entonces habian visto en aquella tierra, y muy bien labradas; de que no poco se maravillaron todos. Llámase en su lenguaje Zaclotan aquel lugar, y el valle Zacatami y el señor Olintec; el cual recibió á Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenia mandamiento de Moteczuma que lo honrase, segun después él mismo dijo, y aun por aquella nueva y mandamiento ó favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en hombros y hamacas, que es casi en andas. Cortés les habló con sus farautes, que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que á los de hasta allí decia siempre, y al cabo le preguntó si conocia ó reconocia á Moteczuma. El, como maravillado de la pregunta, respondió: «Pues ¿quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Moteczumacin?» Entonces Cortés le dijo quien era el Emperador, rey de España, y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decia, y si tenia oro, que le diese un poco para enviarle. A esto respondió que no saldria de la voluntad de Moteczuma, su señor, ni daria, sin que él se lo mandase, oro ninguno, aunque tenia harto. Cortés calló á esto y disimuló, que le pareció hombre de corazon, y los suyos gente de manera y de guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Moteczuma, y respondió que era señor del mundo, que tenia treinta vasallos con cada cien mill combatientes, que sacrificaba veinte mill personas cada año; que residia en la mas linda y fuerte ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa; su riqueza increíble, su gasto excesivo; y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque á la verdad era grandísima carnicería la suya de hombres muertos en sacrificios por cada templo, y algunos españoles dicen que sacrificaban, años habia, cincuenta mill. Estando así en estas pláticas, llegaron dos señores en el mismo valle á ver los españoles, y presentaron á Cortés cada cuatro esclavas, y sendos collares de oro de no mucha valía. Olintec, aunque tributario de Moteczuma, era gran señor y de veinte mill vasallos. Tenia treinta mujeres todas juntas y en su propia casa, con mas de cien otras que las servian. Tenia dos mill criados para su servicio y guarda; el pueblo era grande, y habia en él trece templos, con cada muchos ídolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas, con sahumerios y mucha veneracion. Aquí, y por su territorio, tenia Moteczuma cinco mill soldados en guarnicion y frontera, y postas de hombres en parada hasta Méjico. Nunca Cortés hasta aquí habia entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderío de Moteczuma; y aunque se le representaban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida á Méjico, oyendo aquello, que á muchos valientes por ventura desmayara, no mostró

punto de cobardía, sino que cuantas mas maravillas le decian de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponian de ir á verlo; y porque tenia de pasar para ir allá por Tlaxcallan, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y bellicosísima generacion, despachó cuatro cempoallanes para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallan y confederados, les ofresciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber cómo iban á su pueblo aquellos pocos españoles á los ver y servir; por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallan harian otro tanto con él, como los de Cempoallan, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habian siempre dicho verdad, que tambien entonces los podria creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarian serlo asimesmo dél y de sus compañeros, pues eran inimicisimos de Moteczuma, y aun que irian de buena gana con él á Méjico, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenian de librarse y vengarse de las injurias y daños que habian recebido de muchos años á esta parte, de la gente de Culúa. Holgó Cortés en Zaclotan cinco dias, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacia en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento á Olintec, y fuése á un lugar que está dos leguas rio arriba, y que era de Iztacmixtlitan, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, á lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de mas de cinco mill vecinos, y puesto en un cerro alto, y á una parte dél está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbicanas y honda cava. Reposó allí tres dias para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotan, á ver qué respuesta traerian.

El primer reencuentro que Cortés hobo con los de Tlaxcallan.

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zaclotan sin otra inteligencia de Tlaxcallan. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte piés, y con un petril de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra á la otra, y no tenia mas de una sola entrada de diez pasos, y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellin, por trecho y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte, y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la habia hecho, le dijo Iztacmixtlitan, que le acompañó hasta ella, que estaba para atajar, como mojon, sus tierras de las de Tlaxcallan, y que sus antecesores la habian hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venian á los robar y matar por amigos y vasallos de Moteczuma. Grandeza les pareció á nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues

habia cerca otros pasos para llegar al lugar, arrojando un poco; pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallan debian ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponian delante. Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitan que ciaba y temia de ir adelante, y dijo y rogó al capitán que no fuese por allí, pues era su amigo y iba á ver á su señor, ni curase de atravesar por tierra de los de Tlaxcallan, que por ventura por quedar su amigo, le harian algun daño y le serian malos, como con otros solian, y que él le guiaria y llevaria siempre por tierras de Moteczuma, donde seria bien recibido y proveido, hasta llegar á Méjico. Mamexi y los otros de Cempoallan le decian que tomase su consejo, y en ninguna manera fuese por do Iztacmixtlitan le queria encaminar, que era por le desviar de la amistad de aquella provincia, cuya gente era honrada, buena y valiente, y no queria que se juntase con él para contra Moteczuma, y que no le creyese; que eran él y los suyos, unos malos, traidores y falsos, y le meterian donde no pudiese salir, y allí los comerian y matarian. Cortés estuvo suspenso una pieza con lo que unos y otros le decian; pero á la postre arrimóse al consejo de Mamexi, porque tenia mas concepto de los de Cempoallan y aliados, que no de los otros, y por no mostrar miedo; y así, prosiguió el camino de Tlaxcallan, que comenzó. Despidióse de Iztacmixtlitan, tomó dél trecientos soldados, y entró por aquella puerta de la cerca, y luego con mucha orden y buen recaudo en todo, caminó, llevando á punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que se adelantaban media y una legua á descubrir el campo, para si algo hobiese, que con tiempo volviese á concertar su gente, y á escoger buen lugar para batalla ó para real; así que, andadas mas de tres leguas desde la cerca, mandó decir á la infantería que caminase apriesa, que era tarde, y él fuése con los de caballo cuasi una legua adelante, donde en encumbrando una cuesta, dieron los dos de caballo que iban delanteros en unos quince hombres con espadas y rodela, y con unos penachos que acostumbran traer en la guerra; los cuales eran escuchas, y como vieron los de caballo, echaron á huir de miedo ó por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros á caballo, y por mas que voceó ni señas hizo, no quisieron esperar; y porque no se les fuesen sin tomar lengua, corrió tras ellos con seis caballos, y alcanzólos ya que estaban juntos y remolinados con determinacion de morir antes que rendirse; y señalándoles que estuviesen quedos, se juntó á ellos, pensando tomarlos á manos y á vida; pero ellos no curaron sino de esgrimir; y así, hubieron de pelear con ellos. Defendiéronse tan bien un rato de los seis, que hirieron dos dellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun algunos que lo vieron, cortaron cercen de un golpe cada pescuezo con riendas y todo. En esto llegaron otros cuatro de caballo, y luego los demás, con uno de los cuales envió Cortés á llamar corriendo la infantería, porque allegaban ya bien cinco mil indios en un ordenado escuadron, á socorrer y remediar los suyos, que los habian visto pelear; mas llegaron tarde para ello, porque ya eran todos muertos y alanceados, con enojo que mataron aquellos dos ca-

ballos, y no se quisieron rendir. Todavía pelearon con los de caballo, de muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca los peones y artillería y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiráronse entonces, dejando el campo á los nuestros. Los de caballo salian y entraban en los enemigos, arremetiendo á su salvo por mas que eran, sin recibir daño, y mataron hasta setenta dellos. Luego que se fueron, enviaron á nuestro ejército á decir al capitán con dos de los mensajeros que allá tenían dias habia, y con otros suyos, cómo los de Tlaxcallan decian que ellos no sabian de lo que habian hecho aquellos, que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba, y que pagarian los caballos por ser en su tierra, y que fuesen mucho enhorabuena á su pueblo, que holgarian de acogerlos y ser sus amigos, porque les parecian valientes hombres. Todo era recado falso. Cortés se lo creyó, y les agradeció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iria, como ellos querian, á ser su amigo, y que no tenia necesidad de paga por sus caballos, porque presto le vernian muchos dellos. Mas Dios sabe cuánto le pesaba de la falta que le hacian, y de que supiesen los indios que los caballos morian y se podian matar. Pasó Cortés casi una legua mas adelante de do fué la muerte de los caballos, aunque era casi puesta del sol, y venia su gente cansada de haber caminado mucho aquel dia, por poner su real en lugar fuerte y de agua; y así, lo asentó cabe un arroyo, donde estuvo esta noche con miedo y con recado de centinelas á pié y á caballo, mas ningun sobresalto le dieron los enemigos; y así, pudieron los suyos reposar mas descansados que pensaban.

Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres contra Cortés.

Otro dia con el sol partió Cortés de allí con su escuadron bien concertado, y en medio del fardaje y artillería, é ya que llegaban á un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensajeros de Cempoallan que fueron de Zaclotan, que venian llorando, y dijeron cómo los capitanes del ejército de Tlaxcallan los habian atado y guardado, mas que se habian ellos soltado y escapado aquella noche, porque los querian sacrificar luego en siendo de dia, al dios de la victoria, y comérselos para dar buen comienzo á la guerra, y en señal que así tenian de hacer á los barbudos y á cuantos venian con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando á menos de tiro de ballesta asomaron por detrás un cerrillo hasta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subia hasta el cielo, á tirar dardos, piedras y saetas á los nuestros. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farautes, rogando y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos, como si hubiera de aprovechar ó entendieran lo que era; y como cuanto mas les decian, tanta mas prisa ellos se daban á combatir, pensando desbaratillos, ó meterlos en juego para que los siguiesen hasta llevarlos á una celada de mas de ochenta mil hombres, que les tenian parada entre unas grandes quebradas de arroyos que atravesaban el camino y hacian mal paso. Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras; trabóse una gentil contienda, por que aquellos mil eran tantos como los que de nuestra

parte combatían, y diestros y valientes hombres, y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo, ó por cansados, ó por meter los enemigos en el garlito do pensaban tomarlos á bragas enjutas, comenzaron de alojarse y á retirarse hacia los suyos, no desbaratados, sino cogidos. Los nuestros, encendidos en la pelea y matanza, que no fué chica, siguieronlos con toda la gente y fardaje, y cuando menos se cataron, entraban en las acequias y quebradas, y entre infinitísimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasáronlos con tanto temor y trabajo, por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban; de los cuales hubo muchos que arremetieron á los de caballo en aquellos malos pasos á les quitar las lanzas: tan osados eran. Muchos españoles quedaron allí perdidos si no les ayudaron los indios amigos. Ayudóles también mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando á concertar el escuadrón y animar su gente. Salieron en fin de aquellas quebradas á campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos é jugar la artillería; dos cosas que hicieron mucho daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad; y así, luego huyeron todos. Quedaron este día en el un encuentro y en el otro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias á Dios, que los libró de tanta multitud de enemigos; y muy alegres con la victoria, se subieron á poner real en Teocacincó, aldea de pocas casas, que tenía una torrecilla y templo, donde se hicieron fuertes, y muchas chozas de paja y rama, que trajeron después los tamemes. Hicieronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Cempoallan y de Iztamixtlitan, que les dió Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad. Durmieron aquella noche, que fué la primera de setiembre, los nuestros mal sueño, con recelo no les sobresalteasen los enemigos; pero ellos no vinieron; que no acostumbran pelear de noche; y luego en siendo día envió Cortés á rogar y requerir á los capitanes de Tlaxcallan con la paz y amistad, y á que le dejasen pasar con Dios por su tierra á Méjico; que no iba á les hacer enojo ni mal ninguno. Dejó docientos españoles y la artillería y tamemes en el real, tomó otros docientos, y los trecientos de Iztamixtlitan y hasta cuatrocientos cempoallaneses, y salió á correr el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se hubiesen de juntar. Fué, quemó cinco ó seis lugares, y volvióse con hasta cuatrocientas personas presas, sin rescibir daño, aunque le siguieron peleando hasta la torre y real, donde halló la respuesta de los capitanes contrarios, la cual era que otro día vernían á verle y á responderle, como vería. Cortés estuvo aquella noche muy á recaudo, ca le pareció brava respuesta y determinada para hacer lo que decían, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento y cincuenta mil hombres para venir sobre él otro día, y tragarse vivos los españoles, á quien querían muy mal, creyendo ser muy grandes amigos de Moteczuma, al cual deseaban la muerte y todo mal; y era

así verdad, porque los de Tlaxcallan juntaron toda la gente posible para tomar los españoles, y hacer dellos los mas solenes sacrificios y ofrendas á sus dioses, que jamás se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne, que llamaban celestial. Repártese Tlaxcallan en cuatro cuarteles ó apellidos, que son Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlan, Cuyahuiztlan, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso, los del Agua. Cada apellido destes tiene su cabeza y señor, á quien todos acuden y obedescen, y estos así juntos hacen el cuerpo de la república y ciudad. Mandan y gobiernan en paz, y en guerra también; y así, aquí en esta hubo cuatro capitanes, de cada cuartel el suyo; mas el general de todo el ejército fué uno dellos mismos que se llamaba Cicotencalt, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad, que es una grua de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argentería. Traía la detrás de toda la gente, como es su costumbre estando en guerra; que si no, delante va. El segundo capitán era Maxicacín. El número de todo el ejército era casi cien y cincuenta mil combatientes. Tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos, aunque después amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes con todo su ejército, que cubría el campo, á ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no mas en medio, el otro día siguiente, como prometieron, é antes que amaneciese. Era gente muy lucida y bien armada, según ellos usan, aunque venían pintados con bija y jagua, que mirados al gesto parecían demonios. Traían grandes penachos, y campeaban á maravilla; traían hondas, varas, lanzas, espadas, que acá llaman bisarmas; arcos y flechas sin yerbas; traían asimismo cascos, brazaletes y grevas de madera, mas doradas ó cubiertas de pluma ó cuero. Las corazas eran de algodón, las rodela y broqueles muy galanos, y no mal fuertes, ca eran de recio palo y cuero, y con latón y pluma, las espadas de palo y pedernal engastado en él, que cortan bien y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, é con cada muchas bocinas, caracoles y atabales; que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército en Indias después que las descubrieron.

Los fieros que hacían á nuestros españoles aquellos de Tlaxcallan.

Estaban feroces aquellos y habladores, y diciendo entre sí mesmos: «¿Qué gente poca y loca es esta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve á entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? No vamos á ellos tan presto; dejémoslos descansar, que tiempo tenemos de los tomar y atar. Enviémosles de comer, que vienen hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados.» E así, les enviaron luego trecientos gallipavos y docientas cestas de bollos de Centli, que es su pan ordinario, que pesaban mas de cien arrobas; lo cual fué gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenían. Dende á poco dijeron: «Vamos á ellos que ya habrán comido, y comerémoslos, y pagarémoslos nuestros gallipavos y nuestras tortas, é sabrémos quién les mandó entrar acá; é si es Moteczuma, venga y librellos; é si es su atrevimiento,

lleven el pago. «Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sí unos con otros, viendo tan poquitos españoles delante, y no conociendo aun sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus muy esforzados hombres y soldados viejos al real, á tomar los españoles sin les hacer mal; é si armas tomaseu y se les defendiesen, que los atasen y trujesen por fuerza, ó los matasen; mas ellos no quisieran, diciendo que ganarian poca honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca, y llegaron á la torre osadamente. Salieron los de caballo, y tras ellos de pié; é á la primera arremetida les hicieron conocer cuánto cortaban las espadas de fierro; é á la segunda les mostraron para cuánto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban; é á la otra les hicieron huir gentilmente los que ellos venían á prender. No escapó hombre dellos, sino los que acertaron el paso de la barranca. Corrió entonces la demás gente con grandísima gritería hasta llegar al real de los nuestros, é sin que les pudiesen resistir, entraron dentro muchos dellos, é anduvieron á las cuchilladas y brazos con los españoles; los cuales tardaron un buen rato á matar y echar fuera aquellos que entraron, saltando el valladar; y estuvieron peleando mas de cuatro horas con los enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el valladar y los que lo combatían, y al cabo de aquel tiempo alojaron reciamente, veyendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban á nadie de los contrarios; aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fué tarde y se retiraron; de lo que mucho plugo á Cortés y á los suyos, que tenían los brazos cansados de matar indios. Mas alegría tuvieron aquella noche los nuestros que miedo, por saber que con lo oscuro no pelean los indios; é así, descansaron y durmieron mas á placer que hasta allí; aunque con buen recaudo en las estancias, y muchas velas y esochas por todo. Los indios, aunque echaron menos muchos de los suyos, no se tuvieron por vencidos, según lo que después mostraron. No se pudo saber cuántos fueron los muertos; que ni los nuestros tuvieron ese vagar, ni los indios cuenta. El otro día por la mañana salió Cortés á talar el campo, como la otra vez, dejando los medios de los suyos á guardar el real; é por no ser sentido primero que hiciese el daño, partió antes del día. Quemó mas de diez pueblos, y saqueó uno de tres mil casas, en el cual habia poca gente de pelea, como estaban en la junta. Todavía pelearon los que dentro estaban, y mató muchos dellos. Púsole fuego, y tornóse á su fuerte sin mucho daño y con mucha presa, á mediodía, cuando ya los enemigos cargaban á mas andar para despojarle y dar en el real; los cuales luego vinieron como el día antes, trayendo comida y braveando. Pero, aunque combatieron el real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español, muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados, hacía riza en ellos la artillería. Quedó por ellos el pelear, y por los nuestros la victoria. Pensaban que eran encantados, pues no les empecian sus flechas. Luego al otro día enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas en presente á Cortés; y los que las trujeron le decían: «Señor, veis

aquí cinco esclavos: si sois dios bravo, que comiere carne y sangre, coméos estos, y traerémos mas; si sois dios bueno, hé aquí incienso y pluma; si sois hombre, tomad aves y pan y cerezas.» Cortés les dijo cómo él y sus compañeros eran hombres mortales, ni mas ni menos que ellos; y que pues siempre les decia verdad, que por qué trataban con él mentira y lisonjas; y que deseaba ser su amigo; y que no fuesen locos ni porfiados en pelear, que rescibirian siempre muy gran daño, y que ya veían cuántos mataban dellos sin morir ninguno de los españoles. Con esto los despidió; mas no por eso dejaron de venir luego mas de treinta mil á tentar las corazas á los nuestros á su propio real, como los días antes; pero tornáronse descalabrados como siempre. Es aquí de saber que aunque llegaron el primer día todos los de aquel gran ejército á combatir nuestro real y á pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron así, sino cada cuartel por sí, para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos á otros con tanta multitud, pues no habian de pelear sino pocos y en lugar pequeño, y aun por esto eran mas recios los combates y batallas; que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo mas valientemente, para ganar mas honra si matasen ó prendiesen algun español; ca les parecia que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte ó prision de un solo español; y tambien es de considerar sus convites y peleas, porque no solo estos días hasta aquí, pero ordinariamente todos los quince ó mas días que estuvieron allí los españoles, ora peleasen, ora no, les llevaban unas tortillas de pan, y gallipavos y cerezas; mas empero no lo hacían por darles de comer, sino por saber qué daño habian ellos hecho, y qué animo tenían los nuestros ó qué miedo; y esto no entendían los españoles, y siempre decían que los de Tlaxcallan, cuyos ellos eran, no peleaban, sino ciertos bellacos otomies que andaban por allí desmandados, que no reconocían superior, por ser de unas bebetrias que estaban detras de las sierras, que mostraban con el dedo.

Cómo Cortés cortó las manos á cincuenta espías.

Al siguiente día, tras los presentes como á dioses, que fué el 6 de setiembre, vinieron al real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcallan, honrados según su manera, y dieron á Cortés mucho pan, cerezas y gallipavos, que traían de comida ordinaria; y preguntáronle cómo estaban los españoles, y qué querían hacer, y si habian menester alguna cosa; y tras esto anduviéronse por el real, mirando los vestidos y armas de España, y los caballos y artillería, y hacían de los bobos y maravillados; aunque á la verdad tambien se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiando. Entonces llegó á Cortés Teuch, de Cempoallan, hombre experto y criado de niño en la guerra, y díjole que no le parecían bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas y lo flaco y fuerte del real. Por eso, que supiese si eran espías aquellos bellacos. Cortés le agradeció el buen aviso, y se maravilló cómo él ni español ninguno no habian dado en aquello, en tantos días que entraban y salían indios de los enemigos en su real con comida, y habia caído en ello aquel

empoallanés; y no fué por ser aquel indio mas agudo y sabio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmixtitan, para sacar dellos por puntillos lo que querian saber. Así que Cortés conoció cómo no venian por hacerle bien, sino á espiar; y luego mandó tomar al que mas á mano y apartado estaba de la compañía, y meter secretamente donde no lo viesan; y allí lo examinó con Marina y Aguilar; el cual á la hora confesó cómo era espion, y que venia á ver y notar los pasos y cabos por do mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas; y que por cuanto ellos habian probado la fortuna á todas las horas del dia, y no les sucedia nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenian, acordaban venir de noche, y quizá ternian mejor ventura; y aun tambien porque no temiesen los suyos de noche y con la escuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego; y que Xicotencall, su capitan general, estaba ya para tal efecto con muchos millares de soldados detrás de ciertos cerros, en un valle frontero y cerca del real. Como Cortés vió la confesion deste, hizo luego tomar á otros cuatro ó cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venian, eran espías, y dijeron lo mesmo que el primero, casi por los mesmos términos. Así que por los dichos destes los prendió á todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar á todos las manos, y enviólos á su ejército, amenazando que otro tanto haria á todos los espiones que tomase; y que dijese á quien los envió que, de dia y de noche, y cada y cuando que viniesen, verian quién eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espías; cosa nueva para ellos; y creian que tenian los nuestros algun familiar que les decia lo que ellos tenian allí en su pensamiento; y así, se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traian para la hueste, porque no se aprovechasen dellas los adversarios.

La embajada que Motecuzuma envió á Cortés.

En yéndose las espías, vieron de nuestro real cómo atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traia Xicotencatl; y como era ya casi noche, determinó Cortés salir á ellos, y no aguardarlos que llegasen, porque del primer impetu no pegasen fuego, como tenian pensado, á las chozas; ca si lo hicieran, pudiera ser no escapar español del fuego ó manos de los enemigos, y aun tambien porque temiesen mas las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente. Así que luego puso casi toda su gente en orden, y mandó que echasen á los caballos pretales de cascabeles, y fuése hácia do habian visto pasar los enemigos. Mas ellos no osaron esperalle, con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles. Los nuestros los siguieron dos horas de noche por entre muchas sembradas de centli, y mataron hartos en el alcance, y volviéronse á su real muy victoriosos. Ya á esta sazón eran venidos al real seis señores mejicanos, personas muy principales, con hasta docientos hombres de servicio, á traer á Cortés un presen-

te, en que habia mil ropas de algodón, algunas piezas de pluma y mil castellanos de oro; y á decirle de parte de Motecuzuma cómo él quería ser amigo del Emperador y suyo y de los españoles, y que viese cuánto queria de tributo cada un año, en oro, plata, perlas, piedras ó esclavos, y ropa y cosas de las que en sus reinos habia, y que lo daria sin falta y pagaria siempre, con tanto que aquellos que allí estaban con él no fuesen á Méjico; y que esto era, no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque ella era muy estéril y fragosa; y le pesaria que hombres tan valientes y honrados padesciesen trabajo y necesidad en su señorio, y que él no lo pudiese remediar. Cortés les agradeció su venida y el ofrecimiento para el Emperador y rey de Castilla, y con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á Méjico la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harian de aquellos mortales enemigos de su señor Motecuzuma. Luego tuvo Cortés unas calenturas, por las cuales no salia á correr al campo ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos. Solamente proveia que guardasen su fuerte de algunos montones y tropes de indios que llegaban á gritar y á escaramuzar; que tan ordinario era como las cerezas y comida que cada dia traian, excusándose siempre que los de Tlaxcallan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomíes, que no querian hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la furia de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de pildoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos, y tragóselos á la hora, que de noche se suelen tomar, y acasó que luego el otro dia, antes que obrase, vinieron tres muy grandes escuadrones á dar en el real, ó porque sabian cómo estaba malo, ó pensando que de miedo no habian osado salir aquellos dias. Dijéronselo á Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el dia hasta la tarde. Retrójolos un grandísimo trecho, y tornóse al real, y al otro dia purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á las puñadas con los enemigos; y no solamente era, que raro acontece, buen hombre por las manos, pero aun tenia gran consejo en lo que hacia. Habiendo pues purgado y descansado aquellos dias, velaba de noche el tiempo que le cabia, como cualquier compañero, y como siempre acostumbra; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

Cómo ganó Cortés á Cimpancino, ciudad muy grande.

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y á otra, vió á cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dió parte á nadie; mandó que le siguiesen docientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guardasen el real, y á tres ó cuatro horas de la noche caminó hácia la sierra á tino, que hacia muy oscuro. No hubo andado una legua, cuando dió de súbito á los caballos

una manera de torozon que los derribaba en el suelo, sin que se pudiesen menear. Como cayó el primero, y se lo dijese, respondió: «Pues vuélvase su dueño con él al real.» Cayó luego otro, y dijo lo mesmo. Como cayeron tres ó cuatro, comenzaron los compañeros á ciar, y dijéronle que mirase que era mala señal aquella, y que era mejor que se volviessen, ó esperar que amaneciese para ver á dó, ó por dó iban. El deciales que no mirasen en agüeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura, y que no dejaria aquella jornada, ca se le figuraba que della se les habia de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo, que por lo estorbar ponía delante aquellos inconvenientes; y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultáronlo mejor; y fué que tornasen aquellos caballos caidos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron. Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas. Dieron en unos pedregales y barrancos, que aina nunca salieran de allí. Al cabo, después de haber pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron una lumbrecilla; fueron á tiento hácia ella, y estaba en una casa, do hallaron dos mujeres; las cuales, y otros dos hombres que acaso toparon luego, los guiaron y llevaron á las peñas donde habian visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos. Mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse; que le decian cómo estaban allí junto grandes poblaciones. De allí entró luego en Cimpancino, un lugar de veinte mil casas, segun después pareció por la visitación que dellas hizo Cortés; y como estaban descuidados de cosa semejante, y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salian en carnes por las calles, á ver qué era tan grandes llantos. Murieron muchos dellos al principio; mas, porque no hacian resistencia, mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mujeres ni ropa ninguna. Era tanto el miedo de los vecinos, que huian á mas no poder, sin curar el padre del hijo, ni el marido de la mujer ni casa ni hacienda. Hicieronles señas de paz, y que no huyesen, y dijéronles que no temiesen; y así, cesó la huida y el mal. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima poblacion, que preguntando cómo era, le dijeron que Tlaxcallan con sus aldeas. Llamó entonces á los españoles, y dijo: «Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí.» Y con esto, sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera á una gentil fuente que tenia; y allí vinieron los principales y que gobernaban el pueblo, y otros mas de cuatro mil, sin armas y con mucha comida. Rogaron á Cortés que no les hiciesen mas mal, y que le agradecian el poco que habia hecho, y que querian servirle, obedecerle y ser sus amigos, y no solamente guardar de allí adelante muy bien su amistad, mas trabajar tambien con los señores de Tlaxcallan y con otros, que hiciesen otro tanto. El les dijo cómo era cierto que ellos habian peleado con él muchas veces, aunque entonces le traian de comer; pero que los perdonaba, y recibia en su amistad y al servicio del Emperador. Con tanto, los dejó, y se volvió á su real muy alegre con tan buen suceso, de tan

mal principio como fué lo de los caballos, diciendo: «No digais mal del dia hasta que sea pasado;» y llevando una cierta confianza que aquellos de Cimpancino harian con los de Tlaxcallan que dejasen las armas y fuesen sus amigos, y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo á indio ninguno; y aun dijo á los suyos que creia, con ayuda de Dios, que habian acabado aquel dia la guerra de aquella provincia.

El deseo que algunos españoles tenian de dejar la guerra.

Quando Cortés llegó al real tan alegre como dije, halló á sus compañeros algo desfavoridos por lo de los caballos que les enviara, pensando no le hubiese acontecido algun desastre. Pero como lo vieron venir bueno y victorioso, no cabian de placer; bien sea verdad que muchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y que deseaban volverse á la costa, como ya se lo tenian rogado algunos muchas veces; pero mucho mas quisieran ir de allí viendo tan gran tierra muy poblada, muy cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperanza de socorro; cosas ciertamente para temer cualquiera, y por eso platicaban algunos entrellos mesmos, que seria bueno y necesario hablar á Cortés, y aun requerírsele, que no pasase mas adelante, sino que se tornase á la Veracruz, de donde poco á poco se ternia inteligencia con los indios, y harian segun el tiempo dijese, y podria llamar y recoger mas españoles y caballos, que eran los que hacian la guerra. No curaba mucho dello Cortés, aunque algunos se lo decian en secreto para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaba, á requerir las velas, oyó hablar recio en una de las chozas que al rededor estaban, y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decian: «Si el capitan quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y díjoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaria hacer; y asimesmo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que habia de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allí muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que volviessen con tiempo. Mucho sentia Cortés oír estas cosas, y quisiera reprehender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente:

Oración de Cortés á los soldados.

«Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitan, y todo para en servicio de Dios y acresentamiento de su santa fe, y para servir tambien á nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habeis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí; mas empero agora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos pue-

de hacer. El bien que della conseguiremos, en parte lo habeis visto, aunque lo que teneis de ver y haber es sin comparacion mucho mas, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temais, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la quereis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando, ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nacion española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensais quizá que habeis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan léjos de mar? Yo os certifico que andais buscando cinco piés al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos, nos ha faltado el comer, ni amigos ni dineros ni honra; que ya veis que os tienen por mas que hombres los de aquí, y por inmortales, y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mesmos no se pueden contar, y tan armados como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis dellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por solo esto, no debriades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningun español hasta nosotros se alejó della tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Moteczuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habeis oído, no hay mas de veinte leguas; lo mas, andado está, como veis, para llegar allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no solo ganaremos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, mas aun tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nacion, mas ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es éste tras que andamos, quanto mas ancha tierra, quanto mas enemigos, tanto es mas gloria nuestra, y ¿no habeis oído decir que quanto mas moros, mas ganancia? Allende de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excu-

sando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, ni temais ni dubdeis de la victoria; que lo mas hecho está ya. Vencistes los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallan, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis tambien, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que destos mas quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayais y si me seguís. Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algun mal le querian, comenzaron á honrarlo; y en conclusion, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso; porque, segun algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motin que le forzara tornar á la mar; y fuera tanto como nada quanto habian hecho hasta entónces.

Cómo vino Xicotencatl por embajador de Tlaxcallan al real de Cortés.

No habian bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó á Cortés, y saludáronse cada uno á fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venia de su parte y de la de Maxixca, que es el otro señor mas principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallan, á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey, y á que le perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habian defendido la entrada, era como á extranjeros y hombres de otra facion muy diferente de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Moteczuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venian con él sus criados y vasallos; ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenían y guardaban; y que por conservarla, como habian hecho todos sus antepasados, tenían derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fria, no llevaba algodón; y así, les era forzado andarse como nacieron, ó vestir de hojas de melle; y asimesmo no comían sal, cosa sin la cual ningun manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacia; y que de estas dos cosas, sal y algodón, tan necesarias á la vida humana, carecian, y las tenían Moteczuma y otros enemigos suyos, de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas á que trocarlas, tenían necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no tenían si quisiesen ser sujetos y vasallos de Moteczuma; pero que antes morirían todos que cometer tal deshonra y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habian sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que tam-

bien agora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podian, aunque habian probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de día, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos. Por tanto, pues que su suerte era tal, querian antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque, segun les decían los de Cempoallan, eran buenos, poderosos, y no venian á mal hacer; y segun ellos habian conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban dellos que su libertad sería menos quebrada, sus personas, sus mujeres mas miradas, y no destruidas sus casas ni labranzas; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallan reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. No se podría decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitán y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra á mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputacion para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que habia recibido su tierra y ejército, por no lo querer escuchar ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requeria con los mensajeros de Cempoallan, que les envió de Zaclotan; pero que él les perdonaba dos caballos que le mataron, el saltar que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa á otros; el haberle llamado á su pueblo para matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujecion del Emperador, y despidióle con que presto sería con él en Tlaxcallan, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Moteczuma.

El recibimiento y servicio que hicieron en Tlaxcallan á los nuestros.

Mucho pesó en grande manera á los embajadores mejicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que á Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. E dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traicion, para cogerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decía que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temia en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinacion, rogáronle que diese licencia á uno dellos para ir á Méjico á decir á Moteczuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis dias tornaría sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. El se la dió, y esperó allí á ver qué trairía de nuevo, y porque á la verdad, no se osaba fiar de aquellos sin mayor certinidad. En este medio tiempo iban y venian al real muchos de Tlaxcallan, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que

se fuesen con ellos á sus casas. Vino pues el mejicano, como prometió, al sexto día, y trajo á Cortés diez piezas é joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodón, hechas á mil maravillas, é muy mejores que las otras mil primeras. Y rogóle muy ahincadamente de parte de Moteczuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallan, que eran pobres, y le robarian lo que él le habia enviado, y le matarian por solo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcallan á rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos á la ciudad, donde sería servido, proveído y aposentado; ca era vergüenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba dellos, que viese cualquiera otra seguridad ó rehenes, y dárseles hian; pero que le prometían é juraban que podia ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarian su juramento, ni faltarian la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallan, de quien tenia muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los bastajes, y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcallan, que estaba á seis leguas, con tanta orden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde habia vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á recebirle al camino y por las calles, que no cabían de piés. Entró en Tlaxcallan á 48 de setiembre; aposentóse en el templo mayor, que tenia muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él; puso tambien ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir á un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia. Mil placeres hacian aquellos señores á los españoles, y mucha cortesía á Cortés, y les proveían de cuanto menester habian para su comida; y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque nasciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; ó quizá se las daban por ser su costumbre ó por complacellos. Parecióles bien á los nuestros aquel lugar y la conversacion de la gente, y holgáronse allí veinte días, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor informacion y noticia que pudieron del hecho de Moteczuma.

De Tlaxcallan.

Tlaxcallan quiere decir pan cocido ó casa de pan; ca se coge allí mas centli que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, ó al revés. Dicen que primero se nombró Texcallan, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está á orillas de un rio que nasce en Atlacatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatullan. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlan, Quiyahuitlan. El primero está en un cerro alto, y léjos del rio mas de

media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fué la primera poblacion que allí hubo, y fué en alto á causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el rio; y porque allí había pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor, y mas poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacian su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxixcacin. El rio arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlan por haber allí mucho yeso, en la cual residia Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está tambien en llano mas rio abajo; que por ser aguazal se dijo Quiyahuiztlan. Después que españoles la tienen, se ha desvuelto casi toda y hecho de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano á par del rio. Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen dello como de tiranía. En la guerra hay, segun arriba dije, cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que tambien son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendon va detrás. Acabada la batalla ó alcance, hincanle donde todo los vean. Al que no se recoge, pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria ó la pérdida; ca tiran una dellas á los enemigos que primero topan. Si mata ó fiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decian ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veinte y ocho lugares, en que hay ciento y cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor, y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal, que se llegan en él treinta mil personas y mas en un día á vender y comprar, ó por mejor decir, á trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policia en él; porque hay plateros, plumajeros, barberos y baños; y ollereros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España. Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos; ca en los pinares nasce tanta y tal yerba, que ya los nuestros apascientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. A dos leguas de la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase agora de San Bartolomé, y antes de Matlalcoje, que era su diosa del agua. Tambien tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras á su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle, ó por otro nombre Mixcouatl; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año había ochocientos y mas hombres. Hablan en Tlaxcallan tres lenguas, nahu-

tatl, que es la cortesana; y la mayor de toda tierra de Méjico; la otra es de otomix, y esta mas se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomex, y es grosera. Habia cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó á un español un poco de oro. Cortés lo dijo á Maxixca; el cual hizo su informacion y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron á hallar á Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mismo oro, para que Cortés hiciese justicia del como en España. Pero él no quiso, sino agradecerle la diligencia. Y ellos con pregon público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descocotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

La respuesta que dieron á Cortés los de Tlaxcallan sobre dejar sus ídolos.

Viendo pues que guardaban justicia y vivian en religion, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos queria ser muerto así ni comido, por mas religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban; que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para solo el uso y provecho de los mortales. Unos les respondian que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que tenían ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habían creído, y sería condenarlos á todos y á sí mismos. Otros, que podría ser que andando el tiempo lo harían, viendo la manera de su religion, entendiendo bien las razones para que debían hacerse cristianos, y conociendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque cuanto á la guerra, ya tenían conocido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés á esto les prometió que presto les daría quien les enseñase y doctrinase, y entonces verían la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirían si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podía hacerlo, por la prisa de llegar á Méjico, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenía su aposento, hiciese iglesia para en que él y suyos orasen, é hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podían tambien ellos venir á verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos á oír la misa que se decía cada día de los que allí estuvo, y á ver las cruces y otras imágenes que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimismo algunos que se vinieron á vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallan les mostraban amistad; pero el que mas de veras y como señor se mostró ser amigo, fué Maxixca, que no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír á los españoles.

La enemistad entre mejicanos y tlaxcaltecas.

Conociendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Moteczuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarescieron grandemente y como hombres que lo habían probado, y que, segun afirmaban, había noventa ó cien años que tenían guerra con él y con su padre Axaxaca y con otros sus tíos y abuelo; y decían que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenía eran mas que ellos podían decir, segun todos contaban. El señorío que tenía era de toda la tierra que ellos sabían. La gente innumerable, ca juntaban docientos y trecientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaría doblados; y que deso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandescian tanto las cosas de Moteczuma, especialmente Maxixcacin, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal. Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oía, de llegar á Méjico á ver á Moteczuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con el de su parte y provecho, que lo haría, como les era en obligacion, porque tenía por cierto que Moteczuma haría por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodón y sal, que había que no la comían á derechas aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno dellos, que ó la compraba á escondidas ó de algunos vecinos amigos, á peso de oro; porque Moteczuma mataba al que la vendía y sacaba fuera de sus reinos para se la vender á ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Moteczuma les hacía, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exencion. Mas, segun los embajadores afirmaban, y á lo que después Moteczuma dijo, y otros muchos en Méjico, no era así, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mejicanos y de Culúa ejercitaban las personas en la guerra allí cerca, sin ir lejos á Pánuco y Teocoatepec, que eran fronteras muy aparte; y tambien por tener allí siempre gente que sacrificar á sus dioses, tomada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego á Tlaxcallan ejército á cativar hombres cuantos había menester para aquel año; que averiguado está que si Moteczuma quisiera, en un día los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no queria sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencían los de Tlaxcallan. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradiccion tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Moteczuma, que era muy á su propósito, creyendo por aquella via sojuzgar mas áína á todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. A todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habían sido en la guerra contra los nuestros. Iban y venían á su ciudad, que asimismo es república, á la manera de Tlaxcallan, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Moteczuma, que los tenía oprimos

tambien, y para las carnicerías de sus templos de Méjico; y diéronse á Cortés para el servicio y vasallaje del Emperador.

El solemne rescibimiento que hicieron á los españoles en Chololla.

Los embajadores de Moteczuma dijeron á Cortés que pues todavía determinaba ir á Méjico, que se fuese por Chololla, cinco leguas de Tlaxcallan; que eran los de aquella ciudad amigos suyos, y allí esperaría mejor la resolucio de la voluntad del señor, si era que entrase en Méjico ó no; lo cual decían por sacarle de allí, que certisimamente pesaba mucho á Moteczuma ver la paz y amistad tan grande entre tlaxcaltecas y españoles, temiendo que de allí había de resurtir qualche mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir mas presto allá. Los de Tlaxcallan deshacíanse de enojo, viendo que queria ir á Chololla, y diciendo que Moteczuma era un engañador, tirano, fementido, y Chololla amiga suya, aunque desleal; y que podría ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daría cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron á los españoles cuando entraron, entendieron una trama que se hacia para matarlos en Chololla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió á Pedro de Albarado, que la tenía. Cortés luego habló con aquel capitán, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteracion ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fué maravilla no revolviese Tlaxcallan siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisóse la casa después, y averiguóse que era verdad cómo había enviado á Chololla Moteczuma mas de treinta mil soldados, y que estaban á dos leguas en guarnicion para el efecto, y que tenían tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancaban los caballos y no pudiesen correr; y que los tenían cubiertos de arena porque no los viesen aunque fuesen á descubrir delante. Creyó tambien porque no habían venido ni enviado los de allí á verle ni á ofrecerse á nada, como habían hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, á consejo de los de Tlaxcallan, envió á Chololla ciertos mensajeros á llamar á los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres ó cuatro á excusarse por estar enfermos, y á ver lo que queria. Los de Tlaxcallan dijeron cómo aquellos eran hombres de poca suerte, y tal parecían ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó á enviar los mismos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venían dentro de tercero día, que los ternia por rebeldes y enemigos, y como á tales los castigaria rigurosamente. A otro día vinieron muchos señores y capitanes de Chololla á desculpase, por ser los de Tlaxcallan sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabían el mal que dellos le habían dicho; pero que no los creyese, que eran unos